

Enrique Florescano

6. Comentario a la ponencia de Enrique Canudas

La acción humana se desarrolla en el tiempo y por ello la historia es esencialmente una ciencia del cambio. Sin embargo, el dominio de las cronologías, de los procedimientos y métodos científicos para medir la duración de los procesos humanos, es un hecho relativamente reciente. La ponencia de Enrique Canudas, que se me ha encargado comentar, muestra cuán pobre es nuestro conocimiento de los cambios y transformaciones del siglo XIX, y cuán recientes y titubeantes las técnicas que tenemos para medir el cambio histórico.

En este campo quizá los avances más notables de la historiografía de los siglos XIX y XX sean, por una parte, haber mostrado el carácter ideológico y de dominación que encubrían las técnicas cronológicas que medían el transcurrir humano por dinastías, reinados o periodos republicanos. Y por otra, haber descubierto la variedad de ritmos que manifiestan los procesos humanos (los ritmos de corto, mediano y largo plazo) y las relaciones y desfases entre los procesos demográficos, económicos, sociales, políticos y mentales. Las aportaciones de las ciencias sociales (economía, demografía, sociología, antropología), y de las técnicas estadísticas y de computación, puestas al servicio de la historia, dieron a conocer con gran exactitud los cambios a largo plazo de la población, de la producción agrícola e industrial, del comercio, así como las mutaciones en las mentalidades y los efectos provocados por los ciclos económicos y los movimientos políticos o sociales de vida breve.

Por primera vez se reconoció que la cronología política, además de sus fines de dominación, era inadecuada para medir procesos que, como los demográficos y los económicos, tenían una dinámica y una especificidad que era imposible captar con las técnicas que analizaban los cambios políticos. Al mismo tiempo Marx y otros estudiosos de la evolución social propusieron teorías científicas para medir los cambios estructurales en las sociedades.

Sin embargo, como lo señala Canudas, fue hasta la tercera y cuarta década de este siglo cuando los historiadores comenzaron a estudiar sistemáticamente los datos de la producción, de los precios, del comercio, y más recientemente los ritmos de la producción de los hombres: la natalidad, la mortalidad, las crisis demográficas y los cambios más lentos de la evolución de las mentalidades colectivas.

Esas técnicas que hoy permiten medir tantos y tan variados procesos humanos a partir de categorías y conceptos apropiados, no externos ni tomados de otras realidades, apenas se han comenzado a aplicar al estudio de nuestro siglo XIX.

Hasta hace 20 años la periodización más aceptada era la que nos transmitieron los historiadores del Porfiriato, que bautizaron a los años de 1821 a 57 como los de la Anarquía, a los de 1858-1867 como los de la Reforma, y a los siguientes como la era de la Reconstrucción, de la Paz, o del Porfiriato. Detrás de esta cronología estaba una concepción orgánica del desarrollo social, que los porfiristas tomaron de Spencer.

Como es sabido, todas las historias generales aceptan esta cronología, incluidas las que tratan el desarrollo económico. Es decir, las llamadas historias de la economía en la época de la Reforma o del Porfiriato aceptan, desde el principio, la idea de que los procesos económicos están subordinados a los políticos.

Chávez Orozco fue el primer historiador que en los años 30 intentó ver el siglo XIX como una sucesión de modos de producción y de mutaciones técnicas, como la Revolución Industrial. A él debemos el primer reconocimiento de la singularidad del proceso económico de tipo capitalista en un país con pasado colonial, aun cuando las categorías económicas y los datos empíricos que utilizó no eran los más adecuados para formular una teoría correcta del desarrollo capitalista en México. Pero él abrió el camino que más tarde siguieron Bazant, Aguilar Monteverde y los marxistas contemporáneos.

La interpretación liberal-positivista, y la marxista, plantean dos problemas de interpretación y de periodización de la historia del siglo XIX que no veo desarrolladas en la ponencia de Enrique Canudas y que quisiera destacar aquí.

Interesados como estamos hoy los historiadores mexicanos en el estudio de los procesos económicos y los modos de producción, minimizamos, a veces con demasiada negligencia, la intervención de los factores políticos e ideológicos. Y sin embargo, uno de los hechos más persistentes en la historia del siglo XIX es el dominio de las fuerzas políticas e ideológicas en el trazo de los proyectos sociales, económicos y jurídicos de la sociedad decimonónica. Si antes que un cambio estructural en los sistemas económicos y en las fuerzas productivas, tenemos un cambio radical en los grupos políticos y en los proyectos sociales, deberíamos tener una cronología clara de la introducción y desarrollo de esos programas políticos, y de la composición y características de las clases y grupos que los alentaron y aplicaron. No menos necesario es disponer de una cronología clara de la formación y desarrollo del Estado y de sus órganos de poder.

Por otro lado, en lo que se refiere a las periodizaciones y caracterizaciones que los historiadores marxistas han hecho del siglo XIX, me parece que debería hacerse un esfuerzo mayor para precisar los siguientes puntos:

1. Cuál es la base teórica, conceptual y metodológica que sustenta a las diversas interpretaciones llamadas marxistas de la historia del siglo XIX.

2. Cuál es el nivel de coherencia entre los supuestos teóricos y la aplicación de éstos en el análisis empírico.

3. Cuáles son las diferencias entre los enfoques aplicados y los resultados obtenidos por cada autor.

4. Por último, convendría hacer un esfuerzo para precisar críticamente las aportaciones y deficiencias del análisis marxista en la caracterización del siglo XIX.

Señalo estos puntos porque además de que ignoramos a qué se deben las diferencias de enfoque entre Chávez Orozco, Aguilar Monteverde o Sergio de la Peña, es indispensable que hagamos la evaluación crítica de las corrientes de investigación más significativas.

Canudas nos ofrece la cronología política fabricada por la interpretación liberal, pero no nos ofrece la cronología que dan los marxistas para la aparición del capitalismo en México. Y ésta es bastante contradictoria: unos sitúan el origen del capitalismo a fines del período colonial; otros lo vinculan al desarrollo de la industria textil, en los años de 1830-1840; otros señalan que su consolidación ocurre a partir de 1867 y otros la fijan en el Porfiriato.

En cada una de estas interpretaciones hay una evaluación diferente de los factores que determinan el cambio estructural, y un manejo de los datos empíricos también diferente.

La ponencia de Canudas ofrece un análisis más detallado de los indicadores del crecimiento: demografía, agricultura, comercio, minería, aun cuando no toca la industria. Sus datos nos muestran las grandes lagunas que hoy impiden disponer de datos empíricos indispensables para levantar explicaciones y teorías mejor fundadas.

Respecto al crecimiento de la población, sólo contamos con estimaciones generales y con algunas series consistentes sobre la población de algunos Estados. Sabemos que hubo un crecimiento general de la población, sobre todo en el último cuarto de siglo, pero desconocemos los factores que la produjeron, pues nuestro conocimiento de la mortalidad, las crisis demográficas, la natalidad y la estructura familiar es impreciso o nulo.

Los datos sobre la producción agrícola son también inseguros y aislados hasta 1876. Desconocemos los estancamientos, crisis y crecimientos de la producción de cereales, y sólo conocemos con cierta precisión la evolución de los productos de exportación: henequén, café, hule, etcétera. Para definir los cambios en la estructura agrícola es indispensable contar entonces con cifras consistentes sobre la producción anual y el área geográfica; necesitamos también datos más continuos sobre las crisis agrícolas y las sequías, sobre las importaciones y las exportaciones.

El comportamiento de la producción industrial, sobre todo de la minería, es mejor conocido, pero es necesario disponer de series más completas para precisar la variedad de desarrollos regionales, la importancia de los cambios en la estructura de la producción y su peso en el conjunto de la economía.

Acercas del comercio exterior disponemos de un buen estudio de Inés Herrera que fija los ritmos, la estructura, composición y cambios de las exportaciones e importaciones, y de los flujos comerciales. Pero no sabemos casi

nada sobre las características y el desarrollo del comercio interior, ni sobre el mercado. Los apologistas del Porfiriato, y los economistas de los años 50 de este siglo, señalaron la influencia de los ferrocarriles en la formación de un mercado nacional pero los recientes estudios de los historiadores más bien indican que los ferrocarriles fortalecieron el comercio exterior y el monopolio de los grandes productores y de la ciudad de México.

En tanto que estudiosos del desarrollo capitalista, y de las modalidades que este sistema adoptó en México, requerimos con prioridad un estudio más detallado del mercado y de la circulación en el siglo XIX.

En suma, este breve recuento de nuestras ignorancias y lagunas es más que suficiente para alertarnos sobre la conveniencia de expresar con gran cautela nuestras apreciaciones sobre los cambios económicos del siglo XIX. Sería extremadamente útil que los estudios de la economía del siglo XIX comenzaran por revisar críticamente todas las cifras de que disponemos sobre cada sector, y una vez verificadas, iniciar su comparación con las otras de los demás sectores, procurando diferenciar los indicadores de los cambios estructurales, de aquellos que sólo indican coyunturas que no afectan al estructura del sector y de la economía.

Otra tarea igualmente urgente es iniciar la recuperación sistemática de los indicadores que hoy nos faltan: datos sobre la producción, precios, salarios y comercio en la primera mitad del siglo, y datos más continuos y representativos sobre la producción, los precios y el mercado en la segunda mitad del siglo.

Con estos indicadores en la mano podríamos entonces revisar las tesis disponibles sobre los cambios estructurales y coyunturales, y proponer nuevas hipótesis con fundamentos más sólidos. Sólo entonces podremos definir con mayor exactitud el ritmo y la naturaleza de las crisis demográficas, económicas y sociales, y su relación con los procesos de larga duración. Con estos conocimientos quizá podamos entonces precisar los ritmos básicos del desarrollo capitalista en México, las fuerzas y sectores que lo fueron construyendo y el papel que jugaron en su consolidación los factores de la economía mundial y los de la economía interna.

La ponencia de Enrique Canudas muestra que hemos avanzado mucho en este camino, que no tiene más de 25 años de recorrido.

Debemos de recordar, por último, que tanto historiadores como economistas hemos puesto mucho énfasis en precisar, medir y comprender los factores que promueven el cambio económico y social, sin atender a las fuerzas que buscan impedir la transformación. Pero como historiadores que aspiraran a una comprensión global de la historia, estamos obligados a reconocer la fuerza formidable de estructuras económicas, grupos sociales y mentalidades colectivas que, en forma masiva y mayoritaria, lucharon a todo lo largo del siglo XIX por continuar estructuras y formas de vida no capitalista.